

El misterio de Don José

Don José acababa de instalarse en su nueva vivienda. Desde el primer día, se notó su presencia. Apenas tenía relación con los vecinos a excepción de con la señora M^a José, la vecina de la casa 3, de unos 53 años, que vivía sola y que insistía cada día en acercarse a saludarle comentando el tiempo e interesándose seguidamente por su procedencia, familia, trabajo... Poco podría averiguar M^a José. En muchas ocasiones, Don José la miraba sin dar respuesta, en alguna otra, aceptaba la conversación sin dar lugar más que a alguna respuesta corta que de poco le servía a la atenta vecina. Probablemente, M^a José sería la presidenta de la comunidad encargada de informar al resto de vecinos y Don José era muy reservado con su intimidad.

Aún con ese carácter introvertido, la casa de Don José siempre estaba llena de gente. Era constante el entrar y salir de personas de distintas nacionalidades.

En su casa, disponía de un garaje con más de 40 coches. Los prestaba generosamente, siempre que estuvieran al tanto Pablo y Manolo, sus personas de confianza para el mantenimiento de los mismos.

De igual modo, tenía pasión por los caballos. Con más de 160, paseaba a diario por la zona del establo y veía como Joaquín se encargaba celosamente de su cuidado.

Era un hombre de rutina. A la misma hora, Ricardo se encargaba de ponerle el café y María le llevaba el periódico. Por las mañanas, pasaba por el garaje y por las tardes por la cuadra, no sin antes recibir la visita de la vecina M^a José.

Siete cuartos de baño, 14 habitaciones... Don José había sufrido algún robo y los vecinos habían dado el aviso. No era extraño ver por allí a Pepe, de seguridad y que en alguna ocasión había tenido que llamar a los servicios sanitarios por el débil estado de salud de Don José.

No se le conocía familia, solo una sobrina. Como era de esperar, no había comentado nada de ello a su vecina M^a José, pero ésta al verla visitarlo, había averiguado que se llamaba Lourdes y estudiaba medicina.

Don José, que anteriormente había vivido en el castillo de Simanca, parecía haberse adaptado a su nuevo hogar y llevaba una vida aparentemente tranquila. Un día, en la visita de Lourdes, ésta notó algo extraño, apenas respiraba y Don José no despertó.

Lourdes, que venía cada día desde Camas a Sevilla en autobús para ir a la facultad de medicina, avisó corriendo a M^a José, la responsable de la taquilla número 3, quien a su vez llamó a Ricardo de cafetería y éste a María la del quiosco. Corriendo se acercaron los conductores de las líneas 11 y 15, Pablo y Manolo, y el guarda de seguridad, Pepe, quien avisó a Joaquín, responsable del servicio de bicicletas bus-bici.

Todos fueron a despedirse de Don José, la persona sin hogar que llegó un día a la estación y con el que habían crecido como personas.